



¡MADRID, CACA!

Estaba uno feliz en aquella playa con silencios de moscatel, en mitad de esa lumbre dorada del Mediterráneo, agitada de pinos, comiendo sandía y tocando el caramillo, la tripa al sol, y sin saber por qué, como un mosquito que acude al farol de la plaza, se encuentra uno otra vez en Madrid, en este páramo de ladrillo visto, de fachadas renegridas, de conductores cabreados, de peatones en peligro de muerte, de alcantarillas que florecen como rosas negras; de pasos a nivel puestos a nuestra disposición por el alcalde para que podamos ir rápidamente a pagar las letras. Madrid, capital de este Reino católico, social y representativo, ha conseguido, por méritos propios, un color de salsa de chipirones en su tinta, un perfume de almendra amarga, de cámara de gas, mezclado con efluvios de sobaquina de contribuyente moroso; un aspecto de campamento general cruzado por carreteras alucinadas bajo los balcones cerrados, llenas de señores con gorra dispuestos a cazar.

Se llega de la mar con la barriga tostada y se encuentra uno con el buzón hirsuto repleto de sobres con avisos de gente que quiere cobrar. Y es que hay tipos que tienen una jeta incommensurable escudada detrás de las facturas. Desde luego es una falta de respeto, eso como mínimo, el asaltar con recibos a un ente empadronado que trae la inocencia del sol reciente en el cuerpo. Pero eso no es más que el reflejo de las mil trampas de la ciudad que llegan hasta la puerta de tu casa. Con mucho menos argumento, los griegos de antes escribían tragedias muy gordas.

Madrid es una ciudad fea y salvaje, que tapa sus lacras con humo y los fragmentos de cielo velazqueño con coladas de vecindad. Hoy Madrid no puede ya permitirse un «diablo cojuelo» para descubrir sus vicios, porque si ese duende anduviera por los tejados, entre antenas de televisión triunfalistas, moriría atufado, caería desde la cornisa a la calzada y le remataría un Simca. Entre especuladores y ediles se ha fabricado este engendro abstracto; habría que darles la enhorabuena y presentar la maqueta de su ciudad en la Bienal de Venecia en el pabellón más «contestatario».

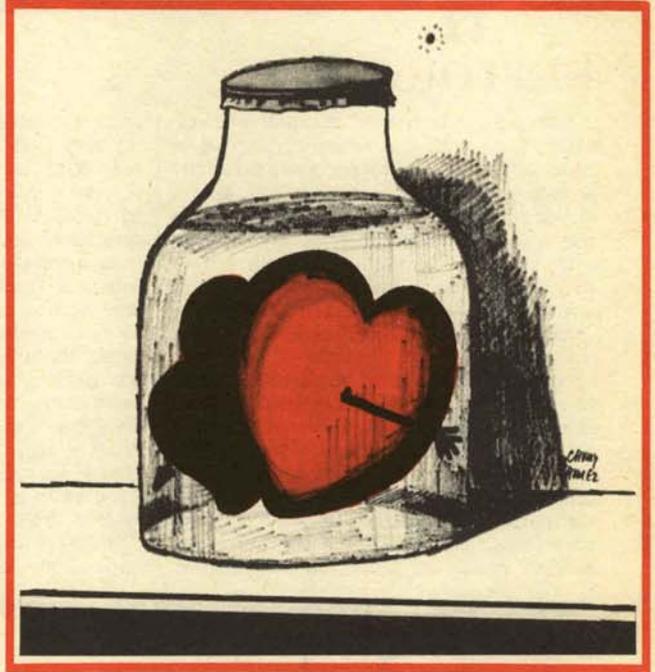
Fuera de aquí, en los huertos del país, el otoño sutil empieza a madurar las manzanas. Y los labriegos quieren huir. Uno les pediría que esperaran un poco. Dentro de nada una brigada de especuladores llegará al pueblo, y al año siguiente por detrás de la loma de tío Felpe verán avanzar un monstruo de ladrillo visto y cemento. Y en ese momento tendrán resuelto el problema de la emigración. Entonces, ni dentro ni fuera habrá escapatoria.

VICENT

ANECDOTA CURIOSA EL HUEVO DE SCHOPENHAUER



Al famoso filósofo del pesimismo le preguntaron una vez si era posible colocar un huevo en posición vertical apoyado en uno de sus extremos. De acuerdo con su doctrina negativa, el filósofo respondió que eso era imposible. Su pesimismo fue burlado cuando golpeando suavemente el huevo hasta romper apenas la cáscara, ante los ojos chasqueados del filósofo, pudo sostenerse en pie el huevo dicho, llamado desde entonces el huevo de Schopenhauer.



Fiesta

En los amplios salones de los señores de X. X. se celebró ayer la tradicional fiesta campera de todos los otoños. Como siempre, la fiesta ha sido un éxito. Ruboriza decirlo, porque de sobra sabemos todos que esta fiesta anual de los señores de X. X. es la fiesta social «en sí», que dijo Heidegger el año que fue invitado.

Así como aquel año la nota curiosa la puso el famoso filósofo con su simpático atuendo bávaro, la de este año la ha constituido la atrevida idea de Piluca, hija mayor de los anfitriones, que estudia Filosofía y Letras, de invitar al festejo a unos fontaneros que

estaban arreglando los grifos de unos lavabos.

Los fontaneros fueron cortésmente acogidos por los invitados, que se quedaron gratamente sorprendidos al ver la delicadeza de modales de la llamada antiguamente clase obrera. Porque hay que decirlo todo: los fontaneros estuvieron encantadores. Cuando recitaron, a petición de Piluca, algunos capítulos de la famosa novela de Engels, «El origen de la familia», fueron muy aplaudidos e incluso más de una dama comentó, con lágrimas en los ojos: «¡Que aprendan ciertas malas lenguas de estos modestos productores que, aun pudiendo, no han querido decir de qué familia se trata. Otros, en su lugar, se hubiesen dedicado a sacar a relucir los trapos sucios de todos nosotros».

La fiesta, como siempre, duró hasta altas

horas de la madrugada. Los primeros que se retiraron fueron los caballos, porque tenían picadero al día siguiente. Después salieron los fontaneros, porque al final se pusieron un poco pesados y hubo que detenerles. Para evitar roces con el servicio se autorizó a camareros y doncellas a que se quitasen uno de los zapatos cuando tenían que entrar en la piscina para servir a los que se estaban bañando. El cronista no puede ocultar su satisfacción al comprobar que, una vez más, nuestra clase pudiente ha dado muestras de señorío, de ese señorío que les permite competir con las primeras familias del mundo en eso de la «dolce vita». E incluso, si me apuran, hasta llevarse una medalla de bronce.

EQUISYCETA



OP5

